

Sagredo Baeza, Rafael. *Alberto Edwards, profeta de la dictadura en Chile*. Chile: Fondo de Cultura Económica. 2024. ISBN: 978-956-289-347-3

Ana Laura Bochicchio

 <https://orcid.org/my-orcid?orcid=0000-0003-0302-0595>

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas,
Instituto de Cultura, Sociedad y Estado;
Universidad Nacional de Tierra del Fuego
Ushuaia, Argentina

 albochicchio@untdf.edu.ar

Rafael Sagredo Baeza es un reconocido historiador chileno, editor de libros sobre la historia de su país y docente de la Pontificia Universidad Católica de Chile. En 2022 fue reconocido con el Premio Nacional de Historia. En este reciente libro, publicado en 2024, analiza en profundidad las ideas de Alberto Edwards (1874-1932), un político e intelectual chileno conservador, cuyos escritos y ensayos sobre historia, política y economía de las primeras tres décadas del siglo XX son considerados hitos de la historiografía nacional. Sus ideas nacionalistas y anti-liberales fueron transmitidas, de manera casi ensayística, en publicaciones periódicas, conferencias y hasta en algunos relatos de ficción.

El libro, que se puede considerar un inestimable aporte a la historia intelectual y de las ideas, consta de dos partes. En la primera, titulada “Edwards y la solución autoritaria”, Sagredo Baeza desarrolla un completo y minucioso examen de la carrera política e ideología de Edwards, valiéndose de un conjunto valioso de fuentes, disponibles en la segunda parte, que da cuenta de la evidencia documental con la que ha trabajado el autor. De este modo, el libro se constituye como una contribución fundamental, al sintetizar un análisis historiográfico meticuloso y, al mismo tiempo, aportar *in extenso* al lector el acervo documental del que se nutre.

Es interesante el modo en que Sagredo Baeza presenta su estudio, al afirmar su propia postura académica en relación al oficio del historiador. A ese respecto, al analizar las construcciones históricas del intelectual estudiado, se plantea como objetivo reflexionar sobre el rol de la Historia y su relación con el presente, ponderando las consecuencias del uso y el “abuso” de la Historia que realizó Edwards a la hora de justificar políticas autoritarias. Esto le permite ejemplificar las consecuencias negativas que la práctica

historiográfica presenta al ser confundida con el activismo político, el cual – a su entender – la somete a intereses ideológicos. Tales reflexiones resultan relevantes, según el autor, en nuestro presente, puesto que la contemporaneidad siempre se encuentra en diálogo con el pasado (pp.11-12). De ese modo Edwards –cuya carrera como historiador fue puesta al servicio de fines políticos concretos–, se convierte en una excusa para analizar los orígenes del autoritarismo en Chile, cuestión relevante en la actualidad mundial, donde el avance de las ideas de derecha es notable.

Como ya fue adelantado, el trabajo recurre a fuentes que han sido omitidas hasta ahora en los estudios clásicos sobre la figura de Alberto Edwards. Esta selección incluye una serie de publicaciones y conferencias de las décadas de 1910, 1920 y 1930, en las que Edwards expone abiertamente sus simpatías por el fascismo italiano y la promoción de un gobierno conservador y autoritario en Chile.

Sagredo Baeza caracteriza a Alberto Edwards como un intelectual que

“pretendió influir y cambiar su presente a través de difundir la noción de un declive generalizado...elaboró un discurso atractivo, en que los hechos importaban menos que sus interpretaciones atrevidas, y en las que sus oyentes y lectores encontraban intuiciones y análisis estimulantes, incluso tranquilizadores” (pp. 82-83).

Durante su carrera política, Alberto Edwards se desempeñó como Diputado entre 1909 y 1912 y, los dos años siguientes, como ministro de Hacienda. Cargo que volvió a ocupar entre 1926 y 1927. Luego, durante el gobierno dictatorial de Carlos Ibáñez, fue ministro de Justicia y Educación Pública entre los años 1930 y 1931. En paralelo, desarrolló su carrera intelectual, como historiador y analista político. Su idea directriz era la “reivindicación del principio de autoridad”, como medio para conservar el orden y la estabilidad institucional (p. 18).

En el primer apartado del análisis, el autor reconstruye lo que denomina la “Genealogía del autoritarismo en Chile” para comprender los antecedentes e influencias ideológicas en Edwards. Para ello aborda el “trauma” de la élite conservadora y católica forjada durante la era colonial, la cual con posterioridad a la independencia, padeció una amenaza a su dominio por parte del ideario liberal. En tal contexto, los intelectuales conservadores, encabezados por Manuel Rengifo, comenzaron a percibir a las revoluciones como peligros que era necesario contener o evitar imperiosamente, con el objetivo de evitar el acceso al poder de personas no provenientes de la aristocracia tradicional. Este sector encontró en la figura de Diego Portales un héroe nacional, considerándolo el principal organizador de la república naciente. En el fondo, explica el autor, se trataba de una lucha entre la promoción del autoritarismo presidencial versus la promoción de derechos individuales, cuestión que contribuyó a una convulsión parlamentaria

prácticamente permanente. Alberto Edwards se sumó a esta tradición al comenzar su tarea como intelectual conservador en la década de 1890. En ese momento comenzó a desarrollar una “corriente historiográfica que con el tiempo... devino en ideología y en referencia fundamental para la acción política sobre todo de la derecha y, también, de los escépticos de la democracia” (p. 31).

En el siguiente apartado, denominado “Orden y gobierno”, Sagredo Baeza analiza la primera obra historiográfica de Edwards: “Reflexiones sobre los principios y resultados de la revolución de 1891” (1899). Allí, Edwards argumentaba a favor de la autoridad aristocrática y la necesidad de la concentración del poder en una persona fuerte, todo ello contrario a los valores republicanos y democráticos. Consideraba a las masas un peligro que hacía avanzar la ignorancia y significaba el triunfo de la barbarie por sobre la civilización. Estaba, de tal modo, apoyando la necesidad de un gobierno autoritario en las postrimerías de la Guerra Civil de 1891. El análisis de estas ideas se profundiza en la siguiente parte, titulada “Gobierno autoritario”. Su ideario cuasi-realista fue publicado en la prensa, pero también en obras de ficción de la década de 1920, en las que construyó el personaje de un detective empirista, llamado Román Calvo. Estas obras son críticas fervorosas contra el sistema parlamentario. Cuestionamiento que, nos recuerda Sagredo Baeza, debe contextualizarse en una coyuntura mundial, es decir, la del avance de los fascismos europeos.

A continuación, bajo el título de “Democracia y crisis política”, el autor indaga en las ideas de Edwards relativas al contexto global, en las que profundiza sus críticas al liberalismo y la exaltación de las figuras aristocráticas fuertes, junto a sus halagos hacia la Iglesia católica.

La influencia intelectual de la obra de Oswald Spengler, *La decadencia de occidente* (1918), fue fundamental en Edwards, tal como lo explica Sagredo Baeza en el apartado siguiente, “Un poder fuerte y personal”. Esta obra, que fue clave entre la derecha conservadora alemana, le confirmaba a Edwards la existencia de una crisis occidental a nivel global y, al mismo tiempo, destaca la necesidad de resaltar los valores nacionales frente a la decadencia de la espiritualidad y el orden. Entre los males actuales, consideraba Edwards que se encontraban el ateísmo, el divorcio y la pérdida del honor y la caballerosidad entre los hombres. Para contrarrestarlos, se debía recurrir – en línea con Spencer-, a las raíces del espíritu nacional, de donde surgiría un gran hombre de acción que restablecería la grandeza perdida por la Nación. Sobre este punto, Sagredo Baeza asevera que Edwards, a diferencia de sus colegas historiadores contemporáneos, no defendió las ideas de evolución y progreso liberales, si no que recurrió a argumentos conservadores, valiéndose de la idea de una decadencia nacional para justificar la implementación de una autoridad dictatorial y anti-parlamentaria en su país. De ahí la admiración de Edwards por el dictador Carlos Ibáñez del Campo, a

quien consideraba lo suficientemente fuerte como para imponer la disciplina generalizada que restablecería el orden y la tradición en Chile.

Posteriormente, en “Fascismo y democracia”, el autor describe y explica un conjunto de artículos en los que Edwards se expresa a favor del régimen de Benito Mussolini para, en definitiva, oponerse al régimen de partidos políticos, producto de lo que denomina “el liberalismo burgués”. Para él, la democracia era simplemente un ideal utópico que sumergía a las naciones a los intereses capitalistas burgueses, trayendo consigo el deterioro del espíritu nacional tradicional. Este tópico discursivo es analizado por Sagredo Baeza a continuación, en el apartado “La democracia, un régimen imaginario”. Edwards rechaza fervientemente a la Revolución Francesa, por haber significado el origen del poderío de la burguesía y el predominio de las masas incultas y ateas, cuestiones que representan esa decadencia occidental a la que se refiere Spengler. El corporativismo fascista –al que denomina cesarismo romano– era, pues, una salida política y espiritual a esta situación de aplicación global, según Edwards. Con respecto a Chile en particular, Edwards lo consideraba una excepción en América Latina ya que podía ser asimilado más a lo que define como la raza europea, tendiente a la monarquía, la aristocracia y el sostenimiento riguroso de las jerarquías sociales.

En el apartado “El derrumbe de la dictadura y el ocaso de un ideal”, Sagredo Baeza explica el debilitamiento de gobierno de Ibáñez, del que activamente participó Edwards hasta poco antes de su muerte. Ante el declive del régimen, se sintió en la obligación de justificar su apoyo al accionar del mismo. Pero en estos últimos escritos se percibe una sensación de derrota y frustración por ver caer todos los ideales a los que dedicó su vida y su carrera política e intelectual.

Finalmente, luego de su meticuloso recorrido a partir del análisis de las obras de Edwards, Sagredo Baeza culmina su estudio con un “Colofón”, en el que argumenta la importancia de estudiar a este polémico personaje chileno como estrategia para comprender el avance de las posturas antidemocráticas, tanto de izquierda como de derecha en la actualidad. En tal sentido afirma: “se trata de identificarlos como contraejemplos, que por sus potenciales y perniciosos efectos, no contribuyen a fortalecer la convicción democrática y la opción por la convivencia pacífica” (p. 149).

El libro denota, pues, una coherencia y ética intelectual que se contraponen a la de Alberto Edwards, quien abusó de la Historia en beneficio de una ideología autoritaria y no inclusiva. De ahí la importancia de su lectura, que se convierte en un excelente ejercicio de reflexión acerca del oficio del historiador, al analizar acontecimientos y discursos de un personaje del pasado con vistas al presente y a tiempos más cercanos, ya que –como sugiere el autor–, las consecuencias de la última dictadura en Chile

(alimentada en buena parte por estas ideologías elitistas y antidemocráticas) todavía afectan a la república. Así, la utilidad de la Historia como disciplina académica, más que como herramienta del poder, queda expuesta de manera inequívoca en *Alberto Edwards, profeta de la dictadura en Chile*.